

ENCUENTROS EN VERINES 2014
Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

OCHO INTUICIONES SOBRE EL MICRORRELATO

Rubén Abella

1

Cuando esté acabado, el texto que me dispongo a escribir tendrá muchas más palabras que cualquier microrrelato. No falla. Las explicaciones de las cosas siempre son más prolijas que las cosas mismas.

2

Cuando yo era niño, la noche de Reyes era la más emocionante del año. Después de cenar, mis hermanos y yo preparábamos en el cuarto de estar un plato con turrón para sus Majestades de Oriente y un cubo de agua para los camellos. Antes de acostarnos, abríamos el balcón para que la comitiva real pudiera entrar en casa sin estorbos. A ninguno de los cuatro se nos ocurrió nunca que pudieran preferir entrar por la puerta, como todo el mundo.

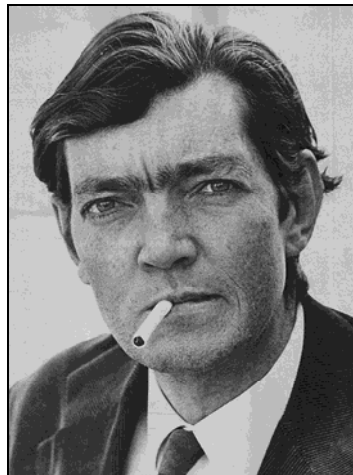
La noche era larga y ansiosa. Por la mañana, no más tarde de las siete, confluíamos nerviosos ante el dormitorio paterno. Mis padres remoloneaban. Protestaban. Se quejaban de que era muy pronto. Pero al final se levantaban. Entonces mi padre tomaba la iniciativa. Salía al pasillo en pijama y, como el flautista del cuento, nos guiaba hasta la puerta cerrada del cuarto de estar.

Era el comienzo de una dulce tortura. Mi padre abría la puerta unos centímetros y volvía a cerrarla de golpe. Repetía el gesto una, dos, tres, cuatro, cinco veces. Mis hermanos y yo nos agolpábamos ante la fugaz abertura y tratábamos de ver qué había dentro. Con los fragmentos que

atisbábamos —un envoltorio de colores, un bulto redondo, la esquina de una caja—, componíamos en nuestras mentes lo que podría ser el tesoro completo. Por fin, cuando la tensión se hacía insoportable, mi padre abría la puerta del todo y nos dejaba entrar en tromba a desenvolver los juguetes.

Que yo recuerde, mi padre nunca escribió una historia. Sin embargo creo que, sin ser consciente de ello, fue un excelente microrrelatista. Al abrir y cerrar la puerta del cuarto de estar, nos daba pistas y dejaba que nosotros imagináramos el resto. Con muy poco, lograba que nuestra intuición trabajara mucho. ¿Acaso no es eso, en esencia, lo que hacemos los narradores al tejer nuestros relatos mínimos?

3



Comparto con Julio Cortázar la noción de que la novela es al cine lo que el cuento es a la fotografía. Y donde dice cuento podría decir también, con más razón si cabe, microrrelato.

Dada su concisión, el microrrelato debe prescindir del desarrollo profundo de los personajes, de la digresión, de la acumulación de detalles, de la descripción y de otros elementos propios de la novela o del cine para convertirse en un fogonazo, un único y certero golpe de luz que, con la máxima economía de medios, ilumine algún aspecto de ese problema que llamamos vivir.

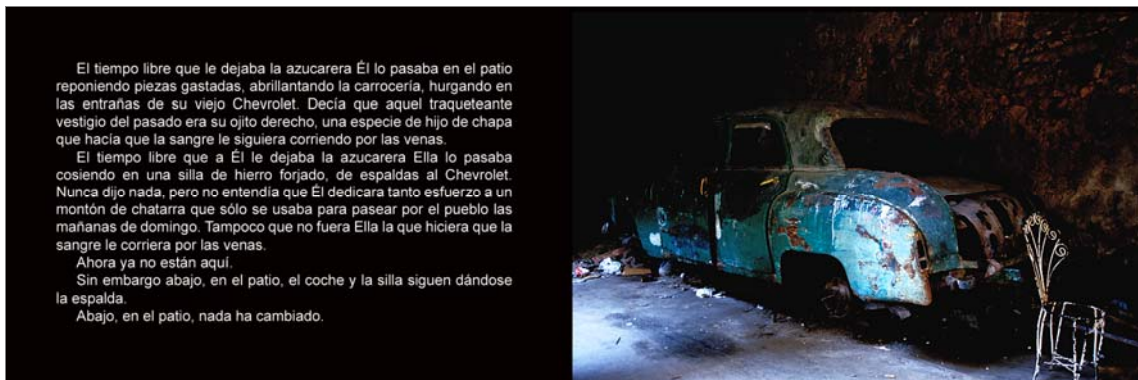


Pero las similitudes entre el microrrelato y la fotografía no acaban ahí. En su ya clásico ensayo *Otra manera de contar*, escrito en colaboración con el fotógrafo suizo Jean Mohr, el crítico de arte y novelista inglés John Berger sostiene que la excepcionalidad de una fotografía radica en buena medida en su capacidad para “desbordar” el suceso fotografiado, sugiriendo información sobre su pasado y su futuro, y para, mediante una compleja red de estímulos y asociaciones, hacer surgir en el espectador ideas, sensaciones o el recuerdo de experiencias personales. Es decir, la fotografía excepcional es aquella que, a partir de un hecho concreto y unívoco —el instante detenido y enmarcado en el visor de la cámara—, más se presta a la interpretación. Del mismo modo, en un buen microrrelato lo que se cuenta, creo yo, es tan importante como lo que no se cuenta. Las palabras deben rebasar los límites de la anécdota narrada y desbordarse hacia su pasado y su futuro, hacia lo subjetivo, hacia lo no dicho.

4

Compruebo con satisfacción que en los últimos años el microrrelato ha logrado atraer el interés de los lectores, de las editoriales —tradicionalmente reacias a publicar narraciones breves— y de un buen número de escritores. Sin embargo, un análisis detenido de la producción actual de microrrelatos, tanto en papel como en la red, podría llevar a pensar que esta popularidad procede, al menos en parte, de una comprensión superficial de la compleja naturaleza del género, que en muchos casos se ve reducida a uno solo de sus rasgos: la brevedad. Así, el género corre el riesgo de convertirse en una especie de cajón de sastre de la literatura, un saco en el que todo cabe —el chiste, el juego de palabras, la rima ingeniosa, la estampa, el pseudo-haiku—, con tal de que sea breve.

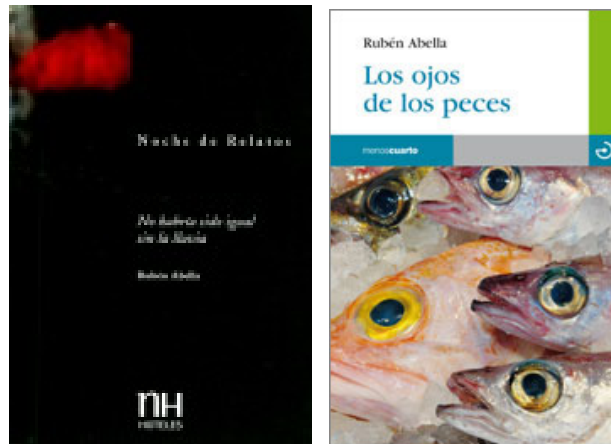
Escribí mi primer microrrelato en el año 2001. Por aquel entonces, he de admitir, no sabía que el microrrelato existía. Que era un género narrativo. Acababa de volver de La Habana y, mientras revisaba con una lupa las diapositivas que había tomado, me llamó la atención una imagen. Mostraba un destartelado coche estadounidense, de esos que ya sólo se ven en Cuba. Tras él, dándole la espalda, había una silla blanca de hierro forjado. Se me ocurrió que esa escena contenía una historia. Después de darle muchas vueltas, imaginé que la historia podía ser la siguiente:



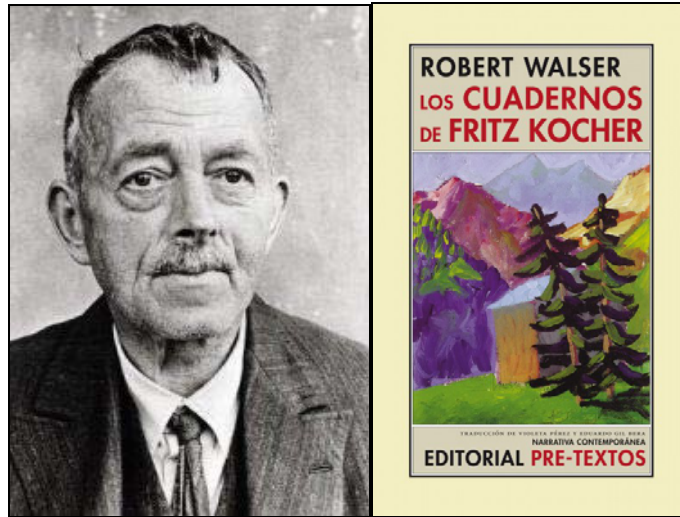
El resultado me pareció interesante. La imagen y el texto se hablaban de tú a tú. Quiero decir que no había subordinación: la fotografía no ilustraba las palabras, y las palabras no explicaban la fotografía. El producto de su unión, pensé, ennoblecía a ambas partes. La cosa no quedó ahí, claro. Seguí trabajando esa veta. Fruto de aquel esfuerzo fue un libro aún inédito: *Fábulas del lagarto verde*. Consta de más de setenta imágenes y diecinueve historias muy breves, como ésta:



De este germen bicéfalo surgió más tarde mi primer libro de microrrelatos: *No habría sido igual sin la lluvia*. De modo que podría decirse que llegué al género desde la fotografía, más que desde la literatura. Todos los caminos, dicen, conducen a Roma. Desde entonces compagino el microrrelato con la novela, las dos distancias narrativas en las que me encuentro más cómodo. Cada una obliga a usar músculos distintos. La elección de un género u otro depende, en mi caso, del material que tenga entre manos. En ese sentido son las historias —no yo— las que mandan.



Los ojos de los peces surgió en otras circunstancias. Cuando empecé a escribirlo, allá por 2008, ya era plenamente consciente de las exigencias del género. Es, en ese sentido, un libro más ponderado. Y puede que más denso, pues recorren sus páginas múltiples vasos comunicantes. Hay personajes y escenarios que se repiten. Hay tramas que se prolongan a lo largo de varios microrrelatos. Hay incluso una historia titulada “El Viaducto” que se cuenta cinco veces con cinco desenlaces distintos. Se trata, en definitiva, de un proyecto narrativo unitario, construido sobre la premisa de que, como escribió Robert Walser en *Los cuadernos de Fritz Kocher*, “todos somos en general naturalezas imperfectas”.



6

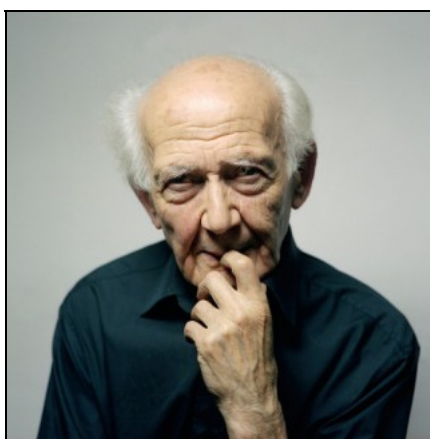
El microrrelato es enemigo de lo superfluo y, por tanto, aliado de la densidad. Esto lo acerca a la poesía —que es el arte de la decantación, de lo esencial, donde nada sobra y nada falta— y lo aleja de la novela. Imaginemos una novela de más de quinientas páginas en la que cada párrafo tuviera la densidad de un buen microrrelato: su lectura y, por supuesto, su escritura resultarían extenuantes. Imposibles, diría yo. El microrrelato, como el poema, debe concentrar toda su fuerza, todos sus recursos, todo su poder de conmoción en el menor espacio posible. El microrrelato es, en este sentido, un metal pesado.

7

Oigo decir a menudo que el microrrelato es el género contemporáneo por excelencia, el formato narrativo lógico, por su inmediatez, en estos tiempos de dispersión y prisas. La vida hoy va más rápido que en el pasado y la literatura debe mantener el ritmo si no quiere quedarse en la cuneta. Eso oigo decir, aunque no sé si es verdad.



Llevo muchos años moviéndome por Madrid en metro —el más contemporáneo de los medios de transporte y un baremo fiable, al menos hasta la invasión de los *smartphones*, de nuestros gustos lectores— y no recuerdo haber visto nunca a nadie leyendo en él un libro de microrrelatos. Lo que veo, por lo general, es a gente enfrascada en novelas muy gruesas con unas tramas livianas de las que te puedes bajar y subir con la misma presteza con que te bajas y te subes de los vagones. Y es que no es fácil leer microrrelatos cuando se tiene prisa. El microrrelato precisa el concurso de un lector sagaz, que sepa entender lo no escrito e intuir los mensajes ocultos en las palabras. Un lector reposado, participativo, atento, lingüísticamente bien pertrechado, primo hermano, diría yo, del lector de poesía. Si la gente leyera microrrelatos en el metro, se pasaría cada dos por tres de parada. Sería magnífico: miles de personas llegando tarde al trabajo por causa de la literatura. Magnífico, desde luego, aunque, tal y como están las cosas, muy improbable.



Internet ha democratizado el género. Aun así, no acabo de ver clara esa conexión entre lo contemporáneo y lo breve de la que oigo hablar tan a menudo. Y no puedo evitar hacerme esta pregunta: ¿Es posible que no sea nuestra sociedad “líquida”, por usar el célebre término de Zygmunt Bauman, la que ha generalizado el gusto por las ficciones hipercortas, sino la errónea creencia de que, debido a su brevedad y a su fácil transmisión, es poco costoso leerlas y escribirlas con acierto?

8

El microrrelato, como su nombre indica, es un género narrativo. Tiene por tanto movimiento interno. Es decir, cuenta una historia, por esquemática que sea. Su concisión, su laconismo y su carácter elíptico lo convierten en una herramienta ideal para representar lo fantástico, lo extraño, lo humorístico y lo metaliterario. Pero también se mueve con suma eficacia en los dominios del realismo, tan intensamente explorados por sus hermanos mayores, la novela y el cuento. Lejos de debilitarlo, su esencialidad aumenta su pegada y lo convierte en un género singular, bien delimitado. Basta con visitar las librerías “físicas” o las bitácoras de Internet para comprobar que en la actualidad disfruta de una salud de hierro. Como escritor y lector de microrrelatos, espero que siga así muchos años.

Madrid, 11 septiembre 2014